

### TERCERA NAVEGACIÓN. SUMAS Y RESTAS

Este libro se agotó rápidamente, y luego, una segunda vez. Obviamente —de entrada— doy las gracias por la acogida. Sin embargo, nueve años separan la primera edición, que es de 1996, de la que ahora tiene el lector entre las manos. Esta reedición no ha cambiado nada, salvo unos apéndices. Y no lo ha hecho porque al postulado fundamental del texto no le ha salido ni una sola arruga. No me alegro. Significa que este trabajo guarda su entera vigencia, no es pues histórico, fechado en un pasado superado, por desgracia no, significa lo contrario, es por una parte, una serie de ensayos presentistas y por otra parte, significa también que el país no se ha enmendado en lo que concierne a la serie de fenómenos y defectos descritos, ni siquiera sus males se han replegado, al contrario, han avanzado.

Pienso que por eso mismo, dada la inmovilidad de la realidad como de la representación de la misma, dos cuestiones deben ser de inmediato absueltas. La primera, brevemente, la historia de estos textos que se han abierto paso por la fuerza única de su argumentación, sin instituciones ni partido alguno, obra de pensador voluntariamente solitario puesto que autónomo. La segunda cuestión es por qué no se ha reeditado de inmediato una tercera edición.

Este libro se ha abierto paso en la conciencia de su tiempo y en la lectura de sus contemporáneos sin que intervenga casi su autor. Ocurre que anclado en la isla de Tahití y en la docencia, no me ocupé mucho de su destino, intentando por mi lado nuevas navegaciones. Pero *Hacia la Tercera Mitad* halló por sí misma espacios de amistad. Aparecieron lectores, entre ellos gente joven, muy brillante, que se reconocían menos en su doctrina, no la hay, y más bien en su voluntad de estilo y de pensar el pensar. Otros, más próximos generacionalmente hablando, a los que debo agradecer como Max Hernández y Francisco Sagasti, lo incluyeron en "la lista de libros que todo peruano debe leer". En el grupo de "Agenda Perú" estaba también Cristóbal Aljovín, con quien, a mi vuelta, hicimos un curso a limón de historia en San Marcos. Otro de los aspectos estimulantes de esta aventura es entrar en contactos con lectores. Si estas páginas devuelven a muchos peruanos —para quienes está de preferencia dirigido— la libertad de pensar, entonces me siento cumplido. Y es lo que está ocurriendo con el trajín de su lectura, lo descubrí a mi retorno, al ir a universidades provincianas, no ha faltado quienes me han confesado que luego de leerlo, dejaron de ser senderistas. Me sentí, entonces, tan gratificado como un humanista del siglo XVII a quien le confiesan que por sus escritos algunos han dejado de ser anabaptistas. Por lo menos este libro no ha contribuido al río de sangre de nuestra historia, al contrario. A

veces las voces de aliento llegan desde el fondo de una universidad americana o inglesa donde cursa estudios avanzados algún peruano de la diáspora.

### **Pero no todo son flores**

Un prólogo debe ser sincero, sino no sirve para nada. Seré pues extremadamente franco. La primera razón por la que retrasé una nueva edición es que no contaron las ediciones anteriores con lo que ahora lleva la presente, es decir, índices onomástico y temático, indispensables para su asimilación y lectura; se lo debemos a Jorge Prado, es un trabajo benedictino el que ha realizado y se lo agradezco. Son, después de todo, 754 páginas. Y por mucho que constituya un conjunto coherente, escrito por la misma persona ante tiempos históricos y problemas peruanos diversos, que tienda a la concentración de sentido y no a la dispersión (como ocurre por lo general en libros que reúnen especialistas distintos y que carecen de unidad) lo cierto es que resultaba difícil manejar. Es verdad que advertía en el prólogo de la primera edición se leyeran como lo que son, una serie de ensayos, una cincuentena, es decir, cada uno de ellos puede ser abordado por separado, puesto que siguiendo los cánones del oficio de escribir ensayos, cada uno tiene su inicio, su desarrollo y su conclusión. Que debería leerse del índice general hacia dentro; algunos me han dicho que lo han leído como un relato histórico, han

comenzado por la navegación turbulenta de Lope de Aguirre, han seguido por la era virreinal, han continuado por la Ilustración a sablazos, y han recalado, como un bergantín de otras edades, en las playas del XIX y del XX. Ojalá, pero han sido los menos. Por lo demás, cuando he visto el nuevo índice temático, en el que al lado de Prado ha trabajado minuciosamente mi mujer, Claire Viricel, me he encontrado con lo que se encuentra un escritor en estos casos. Un paisaje de preferencias, la nómina no premeditada de autores y maestros que me preceden y que me han guiado, sea para afirmar sus hipótesis, sea para negarlos. Esto es este libro, un texto en situación de diálogo, de discusión y meditación que cubre todos los siglos del Perú histórico, hasta el presente.

La otra razón para que solamente ahora lo volvamos a poner en circulación es porque un buen lapso he dudado en modificar algunos de sus capítulos, en añadirle por ejemplo algo al tema de Fujimori, que se detiene en la guerra con el Ecuador y antes de los cubileteos para la reelección del 2000, o sobre el descubrimiento de la inmensa corrupción. Pero a ese tema le he dedicado un libro posterior, *El mal peruano* (1). No es el único campo al que quisiera volver, también el período colonial, o ampliar mis preocupaciones sobre el presente, el aumento de cierta inercia destructiva, en la clase política el placer de la maquinación y la intriga aún más que decenios

anteriores; en la sociedad la impaciencia de la pedrada y la incapacidad de obedecer o acatar cualesquiera fuera la forma de poder delegado desde sindical, frentista, regional, partidario o parlamentario. ¡Ay de nosotros si recordamos que para los griegos, para Aristóteles, se era demócrata cuando se tenía capacidad o para mandar o para obedecer! Los peruanos que entramos en el siglo XXI sabemos que no tenemos ahora disposición ni para una cosa ni para la otra. ¿Cómo esperar a ser razonablemente feliz en el Perú? De ahí que muchos quieran emigrar.

He luchado, pues, ardientemente contra la tentación de añadir o enmedar capítulos. Materiales y estímulos no faltan. Pero finalmente, la decisión de reeditarlos tal cual, resulta la más sensata. Este texto no es un palimpsesto, si tiene continuidad la tendrá en libros sucesivos, que preparo, desde mi retorno al Perú, los que la vida y los dioses que manejan nuestro frágil destino lo permitan.

¿Qué es este conjunto de ensayos? Como lo ha señalado un crítico inteligente, acaso un sólo e inmenso ensayo. Contrariamente a lo que su pluralismo temático tiende a proponer, será el tipo más frecuente de matriz comprensiva en los decenios venideros, cuando la disciplina de la historia y las ciencias sociales, alcancen a vencer los hábitos de entendimiento convencionales que consideran que

para comprender algo tienen forzosamente que fragmentarlo. Lo que obtienen entonces es un cadáver. Es posible un método distinto. Una conjunción compleja de diversos factores, pero ello requiere de estudios más allá de las fronteras académicas tradicionalmente admitidas. Por eso, no pude —ni quise— abordar la Conquista del Perú sin su antecedente, México, porque la caída de Tenochtitlán en manos de Cortés prepara la del Cusco en manos de Pizarro. Ni una ni otra colonización sin abordar la Monarquía Universal y Católica, el sistema político del Escorial, de los Habsburgo o los Austrias como otros lo llaman, porque eso fue lo que se impuso, un orden vasto y complejo de dominación. ¿Creen que los historiadores de oficio me lo han agradecido? Siguen hablando de España como si tal cosa. Esconde la doble corona de Castilla y Aragón los cambios de un sistema medieval-estamental a un Absolutismo imperial a partir de que un duque de Borgoña llamado Carlos I, luego Carlos V, llegase a sus posesiones ibéricas, con los resultados que se sabe, o que se debe saber, y que convierten al Conquistador, a su vez, en un vencido de la historia, reemplazado rápidamente por funcionarios, letrados y curas. Pero a pesar de mi insistencia, y de una masiva información histórica en la materia de franceses, ingleses, norteamericanos y últimamente de españoles, la currícula en la materia no se ha movido. Entiendo que necesitan el concepto ideológico de "España", para tener a quien detestar en el pasado,

como el de los sucesivos presidentes del Perú de fines del XX. No es que la colonia no fue una dominación, ni que el listado de los gobiernos de fines del siglo veinte no fuera una sucesión de catástrofes contemporáneas. Sino que invitaba, y sigo invitando, a comprender la complejidad de esa dominación virreinal, que permita comprender a su turno la complejidad de la sociedad hispanoamericana, la nuestra y la de algunos vecinos, que surgiera entre el XVI y el XIX. Sostengo que hubo una matriz particular de acomodo/revuelta, un Estado singular, mejor un protoestado, porque los Austrias estaban interesados en la estabilidad (y ese orden duró tres siglos) mientras tanto, se organizó lo que llamo, "la esfera de los favores". O lo que he designado en un libro posterior, "el tejido despótico" (2). Atino a llamar así al tejido social contemporáneo. El tema es grave, apunta a las formas sinuosas de autoorganización entre peruanos por la que nos damos maña, no para cambiar, sino para que todo siga igual. En otras palabras, este libro tiene páginas sobre lo que debemos llamar "El antiguo régimen". No por nada traía a Tocqueville que nunca nos visitó, pero que debe inspirarnos. Por la sencilla razón de que postulo, dado que no hubo ninguna gran revolución en la historia moderna y contemporánea del Perú, lo que se llama verdaderamente una revolución, una quiebra, un tajo renovador en la historia, que, en consecuencia, podría permitirnos afirmar que el antiguo régimen murió con la llegada de los Libertadores. Es lo contrario, sigue

vigente, y la máscara de modernidad de los tiempos presentes, las circunstancias lo revelan en cada una de nuestras vicisitudes políticas y sociales. Las plagas sociales que nos están hundiendo como país, desde la vigencia de lo ilícito, la preferencia por los vínculos y no la ley, no tienden a desaparecer. Al contrario, están haciendo compatibles, ante el asombro de los mismos peruanos, democracia y corrupción, orden legal y extremo desorden social, es combinación que acaso intrigue y hasta divierta a los analistas extranjeros, pero que es nuestra cotidiana vivencia y nuestra desesperación. Las sociedades, dice Castoriadis, "crean sus instituciones pero no lo saben, y no quieren saberlo, hacen todo lo que pueden por ocultarlo". Salvo que aparezca el francotirador, el intelectual libre. El *outsider*.

En efecto ¿por qué una comunidad cultural, ora tribu amazónica, ora pueblo o nación, no se percibe por sí misma? ¿Por qué los sentidos y lo que llamaban los griegos la *aletheia*, vienen de fuera, del extraño? La reflexión sobre el papel vicario del intelectual (y en el pasado del profeta) proviene de Max Weber, de Max Scheler a lo que añado la del fenomenólogo Alfred Schutz, por los años cuarenta, quien postula que "el extranjero, al no compartir los supuestos básicos de la concepción 'relativamente natural del mundo' de un grupo, es capaz de cuestionar casi todo lo que parece incuestionable a los miembros del grupo social al cual

se incorpora" (citado en Gil Villegas M. *Los profetas y el mesías*", México, Fondo de Cultura Económica, 1996). Es una temática nada sencilla, de ella me ocupé en un ensayo en ciernes sobre la intelligentsia, pero avanzo ahora estas ideas. Sin reclamar, por cierto, la situación de extranjero, no lo soy, peruano hasta la médula, consciente de ello después de decenios de vida cosmopolita. Pero sí esa condición de distanciamiento que invocara Norbert Elias para el sociólogo y, no por azar, entre nosotros, José María Arguedas, con su concepto de "forastero". Él por lo andino, sin duda, yo por la experiencia de otros lugares, tierras y culturas. En fin, para decirlo de una manera sencilla, y ruego creerme, sin pretensión alguna, he vuelto física y mentalmente al Perú, pero no por ello para compartir gran parte de los sentidos corrientes que los peruanos tienen sobre su propia sociedad. No, no ese el camino, confundirse con el criterio general, que es apenas *doxa*, opinión, o, peor, con los prejuicios y mitos reinantes. Sobre la materia hay doctrina, doctrina de autonomía. Es tiempo de rendirle homenaje en estas líneas, a un amable fantasma ejemplar, al mexicano Octavio Paz. No quería «ni el Sillón del Príncipe ni el asiento de doctor de alguna Santa Escritura revolucionaria». Su deber, dijo lindamente Paz, "era preservarse ante Estado, partidos e ideologías. Para luchar contra el poder y sus abusos, contra la fascinación de la ortodoxia, contra la propia sociedad". En su caso, clara está, la mexicana. A grandes rasgos, esa es mi actitud.

Querer el Perú es una cosa, coincidir con sus defectos, y hasta alabarlos como hacen algunos, es otra.

He escrito estos ensayos históricos, sociológicos y políticos, sin ocultar las herramientas conceptuales, los "epistemes", explicitados a tambor batiente en la introducción de 1995 y el capítulo final sobre "paradigmas". Vuelvo a exhibirlos, la caja de útiles las llamé, los siguientes: el orden que surge del desorden, la idea de complejidad, de autoorganización. Nunca oculté que esos conceptos inmersos en mi texto y reflexiones, el primero proviene de Edgar Morin y el segundo de Castoriadis. Me he interesado en lo inesperado, lo aleatorio. He querido atender a aquello en lo que la sociedad peruana se autoproduce, y la multitud se hace alfarería social y también anomia, o sea, desagregación, muerte de los tejidos sociales. Lumpen. Achoramiento. Delito y cinismo.

Estos ensayos disertan en torno a algunos postulados. Sostuve que nuestra historia no era solo continuidad sino rupturas. Al menos tres, en el XVI con el derrumbe Inca y la llegada de los extraños, en el XIX cuando lo que se estaba formando tras tres siglos tuvo que reacomodarse a un molde de Estado-nación que en Europa era el fruto de reyes absolutistas, las guerras de religión y conflictos diversos, que hicieron nacer desde los mismos conflictos el Leviatán moderno. Una historia a la vez feroz y creativa que nos fue

completamente ajena, arropados por la Contrarreforma, nos fue completamente ajena. Insistí en el sistema jerárquico de nuestra vida colonial, republicana y presente, a lo que añadía, en nuestro caso como en el de México, los esplendores del barroco, y de sus trampas. La importancia del boato, el dispendio, el despilfarro. Dije una enormidad, los peruanos, como los hindús que ha estudiado Dumont, en su fuero interno, en ese nivel de autoconciencia tan hondo que no se confiesa, prefieren sin duda el progreso pero no les interesa apasionadamente la idea de igualdad. Somos el *homo inaequalis*, a nuestra manera.

En otro orden de cosas, detesté al caudillo, señor del desorden y los héroes colectivos mesiánicos. No creo que se me ha entendido. Por esta misma razón abordé con apasionamiento esa hilera de héroes trágicos que son nuestros intelectuales y pensadores, desde Garcilaso a Olavide, de Manuel González Prada a César Vallejo, de Ribeyro a Scorza, a Vargas Llosa, exiliados o alejados, siempre preteridos, aun en vida, y en el interior del país, como Basadre adorado cuando desaparecido o Porras exiliado en su casa de Colina por haberse rebelado contra un orden que asesina suavemente sin matar. Y por eso, al mayor de los héroes de esa incapacidad a asumir que el rebelde tiene un rol y que no es el de aguafiestas sino el del verdadero patriota, lo ocupa Víctor Raúl Haya de la

Torre. Es ludibrio del pasado y carga terrible del presente, la postergación de un régimen de radicales reformas en democracia que no tuvimos. No me ha pesado ni el corazón ni la pluma para este descargo. Sobre todo, viniendo de una generación que lo combatió. Y no digo esto para ganarme avemarías ajenas.

He negado los determinismos, con lo cual no me acoge la izquierda, fiel a su religión política de las leyes de la historia. Tampoco la nueva derecha, fiel a su religión política de las leyes del mercado. Ni a uno ni a otro interesa lo que me interesa, por un lado, el conocimiento desprendido del yugo de la hipoteca ideológica. Por otro, un proyecto político que brinde a la sociedad y al individuo lo que le es propio, la autonomía. Mi adversario —siempre se tiene uno, cuestión decisiva es identificarlo—, no es ni la religión ni la política pero sí las "religiones políticas". Este es un concepto de Raymond Aron, lo hice mío desde el lejano tiempo en que le escuchaba, dos veces por semana, en el Institut d' Etudes Politiques de París y en los vetustos anfiteatros sorbonianos. La maldición de estas líneas es admitir que volví al Perú, voluntariamente, el país donde están las cenizas de mis padres y mis ancestros, con las alforjas cargadas de una filosofía y sociología de la modernidad, corsario solitario, cuando ese velamen no ha desplegado por estas playas sus estandartes.

Espero por eso, con mi voz, mis clases, mis páginas, que la sociedad peruana abandone el extradeterminismo que la habita, todavía otro concepto de Cornelius Castoriadis. Otro maestro europeo. ¿Qué es una sociedad extradeterminada? Aquella que coloca en un afuera imaginario —pero deseado— la causa de sus males y de sus instituciones : Providencia, leyes de la historia, etnia, fatalidad. Por ejemplo la nuestra. El problema es que una sociedad de este tipo oculta y no revela la fuente de sus propias —y perversas— instituciones. Y retarda su propio proyecto de autonomía. Bien hace Castoriadis, un griego moderno, al recordarnos que la formidable herejía laica de los antiguos, la ciudad griega, se funda porque no hay revelación, ni providencia, ni otra cosa que el dominio público que es responsabilidad de los hombres mismos. Eso es la modernidad. Para unos legado, para otros desafío.

Al volver al Perú, con este libro y otras lecturas y herejías, combato la emergencia impresionante del sinsentido al tiempo que espero que la propia sociedad peruana se vuelque sobre sí misma, se mire en el espejo de sus propias pasiones y defectos, y se autoorganice. Al centro de nuestro propio laberinto, el Minotauro que nos domina no es sino un retrato de lo ya conocido, vernacular y propio, y tiene el rostro y los dejes de muchos de nuestros hombres públicos, de

presidente a congresista, de Señor a paje. Los hombres hacen su desgracia o su felicidad colectiva; no enseño alguna misteriosa doctrina, sino lo que todos sabemos desde los griegos, y desde Marx, Weber, Sartre y Arendt: el sujeto social somos nosotros mismos. Nuestras las cadenas y nuestras las alas. Necesitamos una nueva representación de nosotros mismos. Lo cual puede realizarse si se producen los necesarios cortes imaginarios radicales que rompan con las maneras habituales de pensarnos. Entonces, hallaremos puntos de pasaje a mares más abiertos. Y una rosa de los vientos de la libertad. Acaso esa carta de mareas se halla oculta en parte de estas páginas, desde hace casi un decenio. Las han leído muchos, faltan otros tantos.

En fin, este libro, como otros míos, es universitario y en gran parte no lo es. Acaso por ello transmite la felicidad de lo incierto. Es lo primero porque me acerqué, hace años, cuando no estaba en las agendas de las universidades la moda de los estudios culturales y transdisciplinarios —por cierto, bienvenidos— a una forma de trabajo en que convergen sociología, historia, psicología, antropología y ciencias políticas. No como subgrupos o campos de estudios. Lo que es posible ser tematizable, para decirlo de alguna manera, lo que expresa los tramados de la realidad compleja, vertidos a mi manera en una narrativa de ideas.

Y un asunto: la voluntad de estilo a la que hacía referencia líneas arriba es el género de ensayo. Sí, soy un ensayista, reclamo esa condición desde muy joven. (3). Y ese oficio permanecerá hasta el último de mis libros y mi personal aliento. El ensayo no es sino un instante de conversación, una recontextualización de lo pensado, un lenguaje relajado que oculta su secreto rigor. Sería largo y tedioso decir en prosa cuál es el secreto de la prosa, como en el saber metafórico del ensayista —lo dicen por igual Ortega y Gasset, Octavio Paz y Borges— hay ciencia que el ensayista oculta. No por eso son menos universitarios, al contrario. Cada capítulo fue trabajado, investigado, resumido, como para una tesis. Pero en el momento de la redacción, callan las carpetas, se vuelven programas y paneles colgados en el cuarto de trabajo para que una prosa en apariencia clara y sencilla, fluya también de la subjetividad. El otro lado del ensayista, además de la argumentación, la emoción. El filósofo norteamericano Richard Rorty a quien debo mucho, se declara "intermediario socrático y portador de discursos diferentes", y es un universitario, profesor, filósofo. En uno de sus textos sostiene que el saber filosófico, humanista, histórico, se ilumina "con metáforas que proceden de ningún lugar", con rayos que señalan nuevos caminos. Eso fue el simbolismo atrevido de "las tres mitades". Para eso era necesario, hace siete años, apartarse de las tradiciones de pensamiento. No diré ahora, por pudor, en lo que me hallo.

No sé en qué nao o nave navego, pero el viaje es agradable, la tierra oscura de la ignorancia interminable, y los compañeros de aventura, alegres y determinados. Decir lo que se vive y se siente, desde una personal perspectiva, intransferible. Aquí se asoma una persona, no una doctrina ni una camarilla. Pero sin por ello secar la realidad de la voluntad de cambiar las cosas que siempre es colectiva. Después de este libro vendrán otros. Son prolongación, aventura marinera, vida, y puesto que es lenguaje, vida compartida.

Surco, mayo del 2005

---

Notas :

(1) *El mal peruano. 1990-2001*, Lima, Sidea, 2001, 241 p.

(2) *Cartas abiertas, desde el siglo XXI. Anticipación y debate*, Lima, Sidea, 1997. (Sobre Cartas Tapia : Posdata sobre guerrillas y grupos de presión armados ; a Alfredo Barnechea : comentario sobre los dragones asiáticos y otros espejismos ; a Dana Cáceres y Pedro Cavassa : acotación sobre la sociedad hipercompleja; a Moíses Lemlij : nota marginal sobre milenio y desasosiego).

(3) *Pasado presente. Del tiempo aleve, crónicas de los 60*, Lima, Sidea, 2001, 334 p. (Es un texto autobiográfico de mis años de joven periodista, los

años sesenta, pero también sobre la relación entre periodismo y realidad, prosa e ideas, y este tema: porque le ocurren a uno las cosas. Por qué, por ejemplo, *Cuzco tierra y muerte*, de 1964, diciendo que quien tenía razón en el tema del despertar indígena era Hugo Blanco, capaz de movilizarlos para las tomas de tierras de hacienda, y no para las guerrillas, que luego fracasaron. Lo que tiene gracia es darse cuenta antes, y en eso, Blanco y mis crónicas, acertaron. ¿Pero qué podíamos nosotros ante el mito del Che Guevara viviente?)

bloghugoneira